

T H E S A V R V S

BOLETIN

DEL INSTITUTO CARO Y CUERVO

Tomo XI, 1955-56

FILOLOGIA Y ESTILO EN LA OBRA DE SUAREZ *

Confieso que me siento materialmente abrumado por el compromiso de pronunciar unas palabras en esta serie de homenajes a la memoria de don Marco Fidel Suárez, organizados conjuntamente por el Ministerio de Educación y la Biblioteca Nacionales para celebrar los cien años del nacimiento del ilustre escritor, y ante todo por un doble motivo. Porque, por una parte, si de algo podemos estar seguros es de que él hubiera rechazado con todo género de excusas cualquier movimiento que tendiera a exaltar su nombre o su obra, convencido cristianamente hasta la saciedad que todo ello es vanagloria a los ojos del Señor y fardo inútil en el mercado de las pasiones humanas, donde lo que hoy se encarece mañana suele ser ludibrio y menosprecio de las gentes. Porque, por otra parte, no hallo en mí nada que justifique mi participación en estas solemnidades, en las que sólo debieran oírse voces autorizadas y palabras de erudición, en cuya falta abundo sobradamente. La casualidad, y nada más, me ha traído aquí. Pero ya que la ocasión lo requiere, y que la obra de los grandes espíritus nada pierde con los guijarros arrojados a ella por bárbara mano (¿quién no se siente bárbaro de estilo ante la culta limpidez del estilo de Suárez?), permítaseme que exponga aquí en forma más o menos sumaria la idea personal que de su obra puede formarse un

* Conferencia leída en la sala de honor de la Biblioteca Nacional, el 25 de marzo de 1955, con motivo de los actos de homenaje en el primer centenario del natalicio del señor Suárez.

hombre de más o menos mediana cultura en la Colombia de hoy. Pido por anticipado perdón si esta idea no coincide en todos sus detalles con la del público que me escucha o con la que tradicionalmente viene forjándose y aceptándose en amplios círculos de la opinión nacional.

El consentimiento general de la crítica quiere que el carácter principal de la obra del señor Suárez radique en ser ella una contribución a los estudios de la filología en nuestro país, y no cabe duda, desde luego, que, como dijo una vez Gómez Restrepo, esta ciencia se llevaba sus más íntimas aficiones. Además, mantuvo una preocupación constante por el idioma castellano. Pero con decir esto no se ha dicho a la verdad mucho. Cuervo también tuvo igual preocupación y, sin embargo, a nadie se le podrá ocurrir comparar, si es que se tiene un criterio de exacta valoración y objetividad, los impulsos de estos dos hombres, así como los resultados a que llegan en campos semejantes de su actividad. Otro tanto ocurre con Caro, y ello no obstante, el crítico se hallaría en apuros si quisiera no digo ya identificar pero ni aún colocar en un mismo plano los intereses a favor de la lengua que se personifican en el traductor de Virgilio y en el autor de los *Estudios gramaticales*. ¿En qué sentido, pues, limitan estas afirmaciones el parecer unánime de la crítica? Y si lo limitan, ¿son desfavorables, sin más, a la obra de Suárez?

Tengamos en cuenta un dato meramente externo, aunque interesante. El señor Caro murió en 1909, Cuervo en 1911, Suárez en 1927. Por un poco más de tres lustros el último fue, pues, el representante de los estudios gramaticales y filológicos. Pero anotemos también esto: tales estudios tuvieron en el primero de los citados dos notas que podrían llamarse casi específicas: la extensión y la profundidad, la amplitud de visión y la densidad de pensamiento, o, en otras palabras, el carácter general y la penetración filosófica. A Caro le resulta casi imposible abordar una cuestión gramatical o filológica, por concreta que sea, si al propio tiempo no trata de perseguirla y ahondarla en sus fundamentos teóricos y extenderla al campo de lenguas y culturas distintas de las suyas, hasta tal punto que a veces pone con esto en peligro la coherencia de sus tesis. También en

Cuervo se dan notas que le son propias: el rigor analítico, la precisión metodológica, el dominio absoluto de las teorías científicas, el conocimiento sin pausa de la historia lingüística del español y la abundancia en el propio conocimiento de otras lenguas romances; de manera que no hay punto tocado por Cuervo — de los que se refieren al lenguaje — que no presente el sello de una escrupulosa conciencia científica abonada en los mejores métodos y basada en una experiencia de objetividad irreprochable. Con la muerte de Caro y Cuervo los estudios gramaticales y filológicos perdieron, pues, en gran parte, estas notas esenciales y constitutivas que los habían hecho justamente acreedores al aplauso general. No se halló nadie que dominara un panorama ideológico y cultural tan amplio como Caro, ni hubo quien pudiera afrontar cuestiones lingüísticas complejas con el método y la certidumbre científica de Cuervo. De haber faltado Suárez, la ruina y el desprestigio en el campo de los estudios filológicos y gramaticales hubiera sido total y se habría precipitado con más celeridad y asombro del que haría suponer la desaparición de aquellos dos varones excelsos.

Como Cuervo, Suárez dedicó una obra importante a la *Gramática* de don Andrés Bello, lo cual es suficientemente revelador no sólo de su interés por la lengua castellana sino por la codificación y sistematización científica de su gramática. No es éste lugar indicado para detenerme en lo que hace años debería haber despertado la curiosidad de muchos: en qué consiste, clara y taxativamente, el aporte de Suárez a la *Gramática* de Bello. El no haberse dado respuesta adecuada a esta pregunta quizá estribe en un simple detalle, que me parece ser éste: Cuervo abordó el problema de las *Notas a la Gramática*, consciente de que ésta sólo se hallaba necesitada de eso, de simples notas, y aunque para ello le era indispensable no únicamente conocer a fondo las teorías expuestas y los supuestos implícitos en la obra del maestro venezolano sino estar empapado en los últimos adelantos de la investigación y en los progresos de las disciplinas gramaticales, sabía por anticipado que la *Gramática* de Bello no requería más que anotaciones parciales, aunque éstas tocaran a veces cuestiones fundamentales de la teoría o puntos sustantivos de la exposición. Por otra parte, se daba de-

masiada cuenta de que extender inconsideradamente las notas, a más de no pedirlo la necesidad, era grave riesgo y casi atentado imperdonable contra la integridad del sapientísimo libro. Por todas partes, pues, los límites se imponían. No así, en cambio, en el caso de Suárez. Este quiso llevar a cabo, con legítimo y sano principio, un examen general de la obra de Bello y procuró para mejor logro de sus fines comprender en ella una parte introductoria, otra propiamente filológica, y otra de crítica. Para nuestro intento podemos omitir los detalles de la introducción y de la parte crítica, y atenernos a la parte filológica. Por ésta, nada más, se ve con claridad que el propósito que tuvo Suárez fue el de analizar casi la totalidad de la exposición gramatical de Bello, pues lo mismo se detiene en cuestiones de ortografía y ortología y en la clasificación general de las palabras, que en la naturaleza del verbo, en el pronombre, en el artículo, o en el significado de los tiempos, la clasificación de las proposiciones, la concordancia, las construcciones irregulares. Esta sumaria enumeración del contenido de la parte filológica, que no es completa en sus términos generales, creo que bastará a dar una idea de la finalidad perseguida por Suárez. Quería pasar revista a todo el ejército y no detenerse en los botones de la guerrera de cada soldado. Y esto nos pone en la pista de por qué no se ha respondido adecuadamente a la pregunta que nos hemos formulado. Es que tal cosa supondría una minuciosa comparación de las ideas gramaticales de Bello y de Suárez; comparación que no se agota anotando de paso los puntos de crítica que en contadas ocasiones formula Suárez a Bello, ni mucho menos ateniéndose al prejuicio, teñido un tanto de nacionalismo, de que pues Suárez viene después de Bello y es un consumado gramático y conocedor de la lengua, debe por fuerza tener razón y haber acertado científicamente en contra de Bello.

Quando, a mi modo de ver, no hay que perder de vista algo que es elemental, pero concreto y positivo. No fue Suárez — digámoslo abiertamente — amigo de disquisiciones exclusivamente científicas, aunque sí puramente gramaticales. Conocía las instituciones de la gramática en forma minuciosa y sus escritos revelan no sólo conocimiento sino asimilación y dominio

de las mismas. En cambio las teorías puras, las investigaciones de los sabios, parecen haberlo atraído poco. En la Introducción a los *Estudios gramaticales*, por ejemplo, hay una proporción más que elocuente a este respecto; cítanse allí a Dionisio Tracio, Donato, Prisciano, Quintiliano, el Brocense y Simón Abril, mientras como expositor moderno y lingüista propiamente dicho sólo figura Max Müller, a quien hoy, fuera del campo de la indología, nadie concede más valor que el de un oportuno divulgador de las teorías del siglo XIX. Esto por lo que hace a la citada Introducción. Pero apenas es justo decir que ya en el cuerpo de la obra ocurren alguna vez los nombres de Bopp y de Diez, si bien con carácter ilustrativo de ciertas cuestiones y no propiamente con el aspecto integral de sus respectivas teorías, ni mucho menos con el aporte de la discusión y la comparación, puntos que hacen de una simple cita de Cuervo algo realmente novedoso y positivo. Podría parecer que en lo dicho hay exageración; pero no creo, pues justamente he tratado de hallar en esta ocasión un motivo para llegar a la valoración positiva de la obra de Suárez precisamente en ese campo en el que la crítica parece hacer consistir todos sus méritos. Y aunque las comparaciones suelen ser enojosas, en el plano de los resultados y los intereses científicos, donde lo que prevalece es la noción de progreso positivo, no ocurre así. Por eso yo llamaría la atención todavía sobre un punto. Todos sabemos que Caro escribió un amplio y valioso estudio acerca del uso en sus relaciones con el lenguaje. En él quiso, por una parte, mostrar la evidencia permanente y la constancia del problema, y por otra, examinarlo en sí mismo bajo diversos aspectos. Recuerdo cómo en los tres primeros capítulos trataba ante todo de una cuestión filosófica, luego de las opiniones de algunos humanistas notables como Quintiliano, Cervantes, Fénelon, Littré y Cuervo, y cómo, en fin, se detenía en el análisis y exposición de la teoría horaciana. Al lado de esto se daba, además, una parte original y teórica, que es la que contempla los aspectos del uso en sí, y la de más importancia a mi modo de ver. Todos sabemos, igualmente, que Cuervo no fue ajeno a esta cuestión fundamental del uso. No sólo eso, sino que yo he llegado a creer que ello ocupa un lugar predominante en la metodología de todos sus

escritos. Ahora bien, si comparamos siquiera sea superficialmente las ideas de Caro con las de Cuervo, en seguida echamos de ver que lo que en el problema preocupaba al primero era el lado o el aspecto filosófico, sin duda con el propósito de extraer de allí alguna o algunas normas racionales directa o indirectamente aplicables al lenguaje; mientras que a Cuervo, más atento a las puras realidades implicadas en la complicada trama idiomática, lo que le interesaba era la suma de los hechos, su interna relación y coordinación, su inserción en el tiempo, en una palabra, la historia lingüística. Pues bien, Bello, en su *Gramática*, había tenido en cuenta el problema del uso, y era apenas natural que Suárez, al escribir sobre su obra, se refiriera a dicho problema; pero mientras Caro lo ahonda filosóficamente y lo somete a una aguda crítica racional y Cuervo lo sitúa en el tiempo y lo inscribe en la categoría de la historia, Suárez, sin una mayor preocupación, se contenta con seguir las ideas del maestro, casi que sin discrepar de ellas y a lo sumo deduciendo lo que ya, y nada más que lo que ya estaba en los supuestos, es decir, en las premisas sentadas por Bello. Y en términos generales éste es el carácter de los *Estudios gramaticales* de Suárez, en los que el aporte realmente crítico y la contribución a los temas de la investigación se hallan reducidos al mínimo, no, con toda seguridad, por falta de capacidades en Suárez, que las tenía eminentes, sino porque preponderaba en él cierto sentido del orden, de la jerarquía, de la tradición, sentido que se aviene a la perfección con esa visión de la lengua que da la gramática y que, en el caso concreto de Suárez, concordaba con su sumo respeto y reverencia al nombre de Bello.

Y ya que he aludido a los *Estudios gramaticales*, quisiera también señalar de paso que Suárez tiene el mérito de haber intentado componer una especie de gramática histórica de la lengua española. Contaba para ello, a mi modo de ver, con una buena dosis de preparación, y es lástima que no hubiera llegado ni a formalizar sus empeños ni a dar cima cumplida a su tarea. Una muestra de lo que debía ser dicha gramática la tenemos en su estudio sobre *El pronombre posesivo*, que en 1883 publicó *El Repertorio Colombiano*. Hay que admirar allí, al lado del agudo sentido gramatical de Suárez, su sentido del orden, sus

abundantes lecturas, particularmente del período anteclásico de la literatura española, pero sobre todo, su rara capacidad — en esto muy cercano a Cuervo — para hallar y distribuir acepciones y para establecer a veces relaciones sintácticas mediatas. Se observa, por supuesto, en esa muestra, falta de rigor científico. Tratándose de un ensayo de gramática histórica todos sabemos que la cronología es fundamental, lo mismo se trate de fenómenos fonéticos que morfológicos o sintácticos, y que junto a la cronología la selección y depuración de los textos, así como su precisa y cuidadosa referencia, constituyen detalles inexcusables, todo lo cual se echa de menos en el trabajo de Suárez que, repitámoslo, tiene el indudable valor de una primera tentativa en este arduo y difícil campo de la filología románica.

Me parece haber dado a entender suficientemente que los estudios gramaticales — el título de un libro a veces expresa el contenido espiritual de toda la vida de un hombre —, que la gramática, en suma, es el campo a que pueden reducirse y en efecto se reducen los trabajos filológicos de Suárez. Desde luego, esto no implica en absoluto menoscabo de la gloria del gran escritor, pues en la historia de la filología, ya desde la época de los alejandrinos, la gramática ha ocupado un lugar privilegiado y ha constituido siempre base sólida e insustituible de muchas otras disciplinas; sólo que en el desarrollo posterior ha tenido que ceder el puesto a la lingüística que, con un mismo objeto, la lengua, utiliza métodos más acordes con los progresos de las distintas ciencias que le son afines y los cuales suponen para su dominio y manejo, lo mismo que para su eficaz aplicación, cierta técnica especializada y una consagración de todas las horas. Pero nos engañaríamos si creyéramos que el momento de la gramática ha pasado. Al fin y al cabo es ella la que nos descubre las íntimas modalidades del pensamiento de un pueblo, pues es la lengua, como ya advertía Guillermo de Humboldt, la que conforma el pensamiento, y lo mismo cuando el pueblo que la habla vive y actúa que cuando ha sucumbido a las vicisitudes de la historia, es a la gramática a donde vamos a pedir licencia para entrar en los secretos de la comunidad humana o la cultura desaparecidas. Con esto me acerco al fin de esta fastidiosa disertación. Permítaseme, sin embargo, deducir

de lo que llevo dicho un par de consecuencias que a mí, por lo menos, me parecen harto naturales.

La idea que tenemos de la gramática como conjunto de normas rígidas, inquebrantables y absolutas, lleva aparejada con frecuencia la otra idea de que un estilo que se funda sobre la gramática y se ciñe a ella, tiene que ser por fuerza todo, menos un estilo. Creemos que en la observancia de los preceptos se halla el principio o el germen de un falso estilo. Pero no hagamos culpable de un falso estilo a la gramática, porque si no, ¿cómo explicarse, justamente, el estilo de Suárez? No quepa la menor duda de que él era un consciente, y yo diría insobornable, cumplidor de las normas y los deberes gramaticales; se puede comprobar que andaba atento a que desprevenidamente no se le colaran por la pluma los pequeños fraudes a la legalidad del buen decir, y no obstante, ¿se habrá dado entre nosotros caso más elocuente de un *usus linguae naturalis*, de una compenetración tal con todos los recursos idiomáticos que no da margen a pensar sino en la carencia de artificio, en la ausencia de afectación, en la sencillez, en el vivo y puro hontanar? Es porque la base del estilo de Suárez reside en su íntima compenetración con la gramática; porque no vio en ésta un recurso más o menos obligado u oportuno, sino que hizo de ella el objeto de todos sus sueños de escritor y conocedor de la lengua; porque, en fin, se decidió a encarnarla como ideal y personificarla como realidad. Pero, además, la vivificaba constantemente en el trato y experiencia de los clásicos castellanos, gustando de hallar en ellos, sobre todo en los cronistas de Indias, curiosas modalidades del buen decir, que aportaba a la orilla de la lengua moderna para no dejar fuera de la tradición locuciones corrientes en su tiempo, en su tierra, entre sus gentes. Y a todo imprimía los matices y ondulaciones de su caudal interior, poderoso como ninguno para dejar huella indeleble en las canteras del idioma.

Si algunas limitaciones se desprenden con relación al parecer de la crítica que hace de Suárez un consumado filólogo al lado de Cuervo y de Caro, ellas en nada afectan al valor de su obra ni a la solidez de los vínculos que atan y seguirán atando su nombre a la posteridad. Los críticos pasan y la crítica

tiene oscilaciones que los críticos no sospechan. Sólo es estable y perdurable la obra de calidad, y ¿a quién le será dado poner en duda o negar la de la obra de Suárez? Además, en el campo de la cultura todo esfuerzo honrado tiene un valor positivo, y los valores positivos no caducan jamás. Suárez no es solamente un momento de la historia literaria del país; encarna, además, fiel y vigorosamente la historia de nuestro pueblo que narran los *Sueños de Luciano* con humanidad inagotable.

FERNANDO ANTONIO MARTÍNEZ.